

PARROQUIA DE SAN JUAN Y SAN PEDRO, DE ZARAGOZA

por

LAURENTINO BARRENA MATEO

LA ciudad de Zaragoza ha sido recientemente desposeída de otra torre mudéjar, que estaba dando aires de esbeltez tímida a una iglesia humilde, situada en la confluencia de las calles del Refugio y calle de San Juan y San Pedro. José María Quadrado hace más de cien años hablaba de «la grandiosa y elegante cúpula del convento dominico de San Ildefonso, y mirando alejarse al extremo opuesto las del Pilar y la atrevida aguja de la Seo, cortejadas por un sin fin de capiteles y veletas, semejantes a los guiones y estandartes de una procesión que se ven tremolar sobre la compacta muchedumbre...». Hoy el ilustre escritor y caminante lloraría la desaparición de ciertos bellos ejemplares mudéjares zaragozanos.

DOS IGLESIAS DESAPARECIDAS

En el espacio reducido entre la plaza de San Lorenzo y la iglesia de San Gil existieron desde muy antigua dos pequeñas iglesias: la de San Juan y la de San Pedro. La calleja del Refugio en sus dimensiones menguadas las unía. Ambas vivieron cierto paralelismo en la trayectoria de su historia. A don Mario La Sala Valdés le parece que Fray Lamberto de Zaragoza exagera al conceder a la parroquia de San Pedro antigüedad que se remonta a los tiempos del obispo Ciriaco, hacia el año 592. Como también vacila que se atribuya a la de San Juan orígenes en los tiempos de San Valero, hacia el año 300. En cambio admite que a la parroquia de San Juan se la llame fundamentalmente: San Juan el Viejo «en escrituras arábigas, con fundada sospecha de que fue mozárabe». La parroquia de San Pedro tenía fundaciones ya en el siglo XIII. Y además existía en ella el Instituto de la Compañía de

Rétores y Vicarios, dedicados tal vez a la predicación no tanto de las verdades evangélicas, cuanto a la divulgación de los principios cristianos sociológicos de convivencia humana y cristiana. Estamos ante el siglo XIII, tiempo en que forzosamente hubo de producirse en Zaragoza una reforma estructural en el armazón religioso, cívico, agrario, sociológico, ya que había sido conquistada al moro unos 140 años antes, con agrupaciones de moros, cristianos, judíos y con una nobleza inquieta, que ponía en aprietos difíciles a los Reyes de Aragón. Ambas parroquias eran muy reducidas en su cuadro demográfico. En los libros parroquiales del cumplimiento pescual puede leerse el número de las personas obligadas a él. Como símbolo en la de San Pedro apenas llegaban algunos años a doscientas personas. No obstante en silencio hondo de esas partidas parroquiales repiquetea aún nombres y apellidos insignes en Zaragoza y Aragón; tales como: el Conde de las Almunias=Josepf de Bolea y Abarca; don Martín de Pomar, Marqués de Ariño; don Miguel Martel, fundador de un bellissimo retablo renacentista en la parroquia de San Juan; doña Juana de Zurita, hija del famoso cronista y esposa del Notario de la Diputación zaragozana; don Pablo Rabiella, pintor; Conde de Belchite; Conde de Torres Secas y Marqués de la Compuesta; don Baltasar de Gurrea y Cerdán, señor del Castellar; Conde de Foclara...

Una y otra iglesia fueron en diversas épocas atendidas por el mismo párroco. A las dos amenazaron tenebrosidades de ruina. La de San Pedro, que estaba situada en la confluencia de las calles de Don Jaime I y de San Jorge, desapareció en el año 1857 al realizarse obras de embellecimiento y ensanchamiento en la ciudad. «Siguiendo el Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad su plan de ensanchar la calle que desde el puente de piedra dirige al Coso, llegó su turno a la calle baja de San Pedro, e iglesia parroquial de dicho Santo Apóstol; en caso tan apurado el infrascripto en unión con la Junta nombrada por la parroquia se puso de acuerdo con el Excmo. Ayuntamiento...».

Al ser demolida la parroquia de San Pedro, pasaron ornamentos, retablos, objetos de culto... a la parroquia de San Juan, siendo cura de ésta Fr. Miguel Pérez y Valls, ecónomo, enmarcada en el ángulo formado por las calles del Refugio y de San Juan y San Pedro, templo sencillo y de escaso valor artístico, que ha sido derribado en el verano de 1966 juntamente con su hermosa torre mudéjar.

Parroquia de San Juan y San Pedro, de Zaragoza

PARROQUIA DE SAN JUAN EL VIEJO

Merced a los datos curiosos, que recogió el doctor don Joaquín Pío Ferrer hacia 1795, siendo cura de la parroquia denominadas de San Juan el Viejo, hemos podido hacer en otro trabajo la lista de curas que rigieron dicha iglesia desde el año 1544. Solamente hacemos mención de don Bartolomé Claudio, que se distinguió por su afán de estructurar el Capítulo de Clérigos conforme a las *Ordinaciones de la iglesia parroquial de el Sr. St. Juan el Viejo de la ciudad de Caragoça: echas en el año 1644*, verdadero código para el buen entendimiento de los clérigos; mencionamos también a don Manuel Villalobos, beneficiado y posteriormente ecónomo, hijo de Andrés de Villalobos y su esposa, María de Mur, linajuda familia zaragozana del siglo XVII. Fue cura de San Juan desde diciembre de 1676 a noviembre de 1688. Hizo abundantes donaciones a la parroquia en casas, bienes inmuebles y otros beneficios.

Poseía la parroquia de San Juan un Vicario seis Beneficiados. «La Vicaría es Provisión ordinaria precediendo concurso, los beneficiarios son seis, los quatro colativos y los dos laicales, de los colativos uon es de libre provisión, los tres y los dos laicales son de Patronato», como se lee en las Ordinaciones. Diversas casas pertenecían a la humilde parroquia de San Juan en las calles: Callizo de los Baineros; de San Lorenzo; de Villalobos; de las Armas; del Paso del Rey; del Horno del Rincón; de la Puerta Quemada...

CAPILLA DE LOS MARTELES O ALTAR DE LOS MORLANES

Acaso el retablo más bello fuera el dedicado a la Visitación de la Virgen, situado al lado de la Epístola en la iglesia de San Juan, junto al retablo mayor. Fue costeadado por don Miguel Martel y se cree que hizo esta fundación antes de 1553, fecha en que murió su esposa, doña Leonor de Bolea, a cuya memoria lo dedicó. Siempre estuvo bien dotada esta Capellanía. Hacia el año 1631 otro Martel, don Francisco Martel, Deán de Jaca, la dotó espléndidamente.

Hoy se conserva el retablo, con excepción de alguna esculturita en madera, en una de las capillas del Seminario Metropolitano de Zaragoza. Se trata de una obra del renacimiento aragonés. Consta de tres partes:

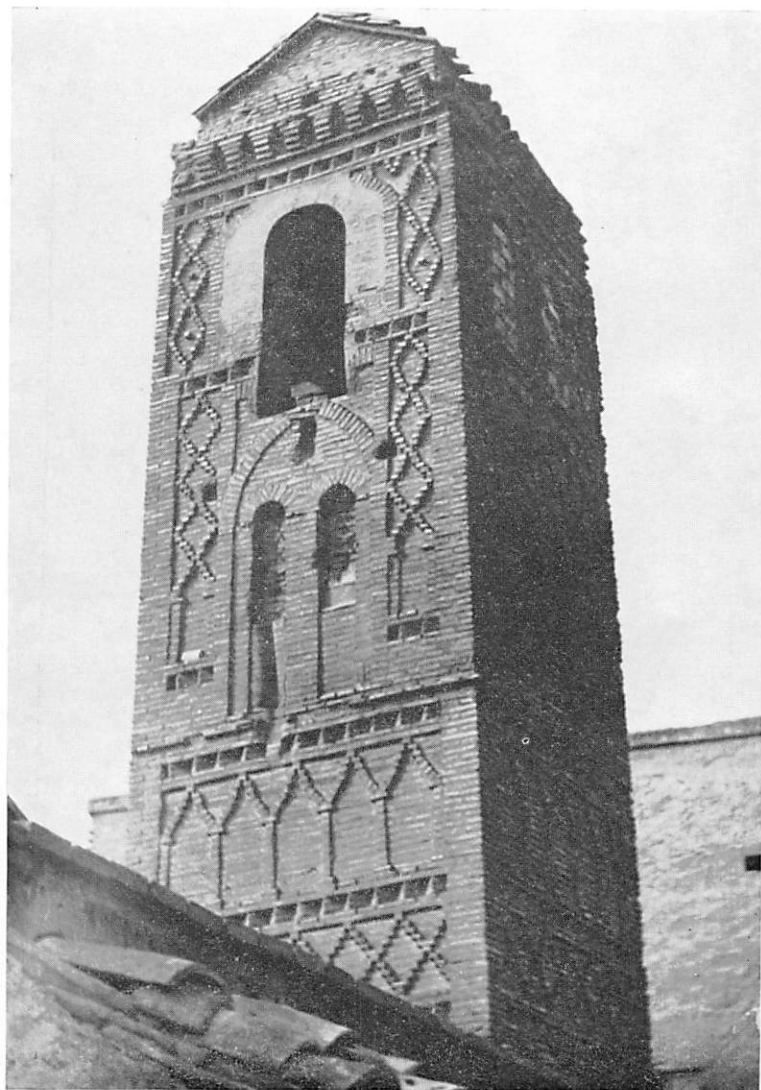
a) Un basamento en el que, sobre fondo policromado, estaba el balsón de los Marteles; era de tres martillos de plata y tres estrellas de oro en azul.

b) Un banco dividido en nichos desiguales, que están separados por cuerpos prismáticos, adornados con profusión de flores. La calle central tiene la suma de las dos laterales. Hay un parentesco claro de este retablo de la Visitación con los retablos locales de San Pablo y San Miguel, todos con vivos y agitados adornos.

c) Sobre el banco hay un cuerpo, que está dividido en tres calles distintas en anchura y separadas por columnas de balaustres. En cada calle se trazó un arco de medio punto para hornacinas en concha. Acaso se trate de una obra del taller de Gil Morlanes y de Gabriel Yoly. Las figuras humanas sorprenden por su expresividad y delicadeza. ¿Conocería el escultor zaragozano el San Jerónimo de Torrigiano? Es lamentable que el grupo del encuentro de Santa Isabel con su prima, grupo central y motivo de la denominación del retablo, no haya podido ser estudiado, por ignorar su paradero.

Había otro hermoso retablo barroco, dedicado a los santos Juan y Pedro, con sencillas pinturas de la Virgen Niña y San Joaquín; del Niño Jesús y San José, ambas del pintor Pablo Rabiella, padre. Este retablo fue trasladado a la parroquia de Ejulve, pueblo de la provincia de Teruel, perteneciente a la Diócesis de Zaragoza antes de la nueva demarcación diocesana.

Otros altares eran los de: Santa Rita, imagen tiernamente venerada por los zaragozanos y por multitud de devotos, que cada día cuenta a la santa sus cuitas y su dolores en la parroquieta de la Seo, adonde fue trasladada la Abogada de causas difíciles al ser suprimido el culto en la parroquia de San Juan y San Pedro. Los Reverendos don José Biel, párroco de la Seo, y don Jesús Álvarez, coadjutor, a quienes debo casi todos los datos sobre la desaparecida parroquia, conservan largas listas y exvotos múltiples de fieles, que diariamente piden favores a Santa Rita. Baste una referencia. «Antonia Cabrera, viuda, residente en calle Iretas, de Fraga, en el día 13 de octubre de 1967, entrega un anillo de oro con el nombre de: Antonia Cabrera, en acción de gracias, por haber entrado sus hijos en el colegio deseado. En el mismo día, Ana T. López, casada, de Vallecas, Madrid, entrega un par de pendientes de oro, montados en platino, en acción de gracias, por haber favorecido a su hijo durante la enfermedad, que sufrió en el servicio militar...».



Torre de la iglesia de San Juan y San Pedro

Parroquia de San Juan y San Pedro, de Zaragoza

Dos casos tomados, entre mil, de cristianos, que al venir a honrar a Santa María del Pilar, llegan ante la imagen yacente de Santa Rita, que un día fue imán en la parroquia de San Juan y San Pedro y hoy atiende a sus devotos en la parroquieta de la Seo.

En el Museo de la Seo se conservan tres tablas góticas, que bien pueden ser del siglo xv. Representan a: la Coronación de la Virgen, San Nicodemus o tal vez San Juan Evangelista y una mártir. En todas tres hay un sosiego solemne y una gravedad muy hispana, mezclados con un naturalismo digno y rebosante de sencillez.

Poseía la parroquia una cruz procesional del siglo xv, que se conserva en la Cartuja Baja. Es de plata dorada, con el Redentor en el anverso y San Pablo al reverso. Es obra del artista local, Juan de Argumánez.

De los tiempos del Barroco se conservan en el Museo de la Seo cuadros de: San Pablo, San Pedro de Arbués, San Vicente Mártir, San Andrés, Sagrada Familia, notables por las angulosidades en diagonal y movidos pliegues de sus mantos, típicos del modo barroco.

Finalmente se trasladó desde San Juan y San Pedro también al Museo de la Seo una bellísima imagen de plata repujada de San Juan Bautista, de algo más del metro de altura, donada por los padres del clérigo Manuel de Villalobos y Mur, en el siglo xvii.

OTRA TORRE MUDÉJAR ZARAGOZANA SEGADA EN FLOR

Aragón es fecundo en el tipo de torres mudéjares. Toda la geografía aragonesa está elevándose en geometría de ladrillo rumbo a los cielos. Torres, que algunos casos fueron alminares; octogonales unas; otras prismáticas; siempre reflejo de la idiosincrasia de una tierra que en anticlasicismo de rombos, esquinillas, ménsulas... supo escribir la sinceridad de su fe.

Adosada a la iglesia de San Juan y San Pedro se alzaba casi escondida una torre mudéjar, emplazada en el ángulo formado por el ábside y la pared Este de la iglesia. Era casi cuadrada, puesto que medía de Norte a Sur 3,75 metros y de Este a Oeste, 3,85 metros. Había, como suele ser ordinario en las torres mudéjares, un cuerpo central macizo, y en torno un cuerpo envolvente de ladrillo en hiladas, que se recubrían por el interior con fi-

nas capas de yeso. Los tramos estaban cubiertos por arcos de medio punto, que se prolongaban en boveditas de aiosos cañones de ladrillos adovelados radialmente. En la escalera tenía varias ventanitas-saeteras.

Como remate había una pequeña estancia, cubierta por una serie de vigas y cañizos, y con pequeñas trompas en los cuatro ángulos, que achaflanaban en gracioso octoedro la simple traza cuadrada.

La decoración de los lienzos exteriores son reflejo y reminiscencia de la mezquita cordobesa, de la mezquita almorávide de Cutubiya, en Marruecos.

Consistía la decoración en nuestro caso en líneas de esquini-llas, formadas por ángulos entrantes y salientes de ladrillos, sistema fecundo en las iglesias de Teruel, de Rueda; líneas quebradas entre dos fajas, que querían simular cuerpos ajedrezados; vuelos de ménsulas, como se habían empleado en el Castillo de la Aljafería; redes de rombos que imponían movimiento ágil y gracioso al espacio; franjas de rombos en vertical que cobijaban a arcos con intangencia del arco con el alfiz; arcos cobijados por otro, como se había hecho anteriormente en San Pablo y en la torre antigua de la Seo, de Zaragoza, y en Tauste. Opinamos que se trataba de un ejemplar bello y sencillo; gracioso y elegante de torre mudéjar del siglo xiv.

En 1966 pasó, juntamente con la iglesia de San Juan y San Pedro, a poder del vecino de esta ciudad, don José María Ortiz. En el verano del mismo año desaparecieron desgraciadamente iglesia y torre.